

LA POLITICA INTERNACIONAL DE LA U. R. S. S.

(Viene de la página 1)

subsistencia de un estímulo de lucro individualista, al restablecer en cierto grado la libertad de comercio interior.

Más de tres años de guerra internacional y otros tantos de lucha civil y de bloqueo, habían empujado tremendamente el bajo nivel de desarrollo económico existente en 1914, y la N. E. P. significó un compás de espera en el programa de colectivización, impuesto por el estado de bancarrota en que había quedado el país.

También por aquel entonces la U. R. S. S. definió claramente el carácter fundamental de su política exterior, en una nota del Comisario Soviético de Relaciones Exteriores Chicherin, al Secretario de Estado norteamericano Colby, en la que se expresaba: "El gobierno soviético comprende perfectamente que el movimiento revolucionario de las masas trabajadoras en cada país es asunto de la incumbencia exclusiva de éstas. Nuestro gobierno mantiene el principio de que el comunismo no puede ser impuesto mediante la fuerza por influencias extrañas, y cree que la lucha por el comunismo en el seno de cada país debe ser desarrollada por sus propias clases trabajadoras. Observando que en los Estados Unidos y en muchos otros países los trabajadores no han conquistado el poder gubernamental, y tal vez no están siquiera convencidos de la necesidad de esa conquista, el gobierno de la URSS considera conveniente establecer y mantener fielmente relaciones pacíficas y amistosas con los gobiernos existentes en esos países" (10 de octubre de 1920).

A pesar de que después de la instauración de la N. E. P. el Estado mantuvo el control de las principales industrias y del comercio exterior, aquella medida fue interpretada fuera de Rusia como una capitulación de los soviets, como una claudicación que pronto daría lugar al retorno del régimen capitalista. Y se pensó entonces que una presión amistosa, acompañada por promesas de ayuda, aceleraría el proceso. Esta estrategia fue ingenuamente anunciada por sir Robert Horne, Canciller del Exchequer británico, quien en octubre de 1921 afirmó: "La mejor manera de acabar con el bolchevismo en Rusia, consiste en penetrar en ese gran país por medio de métodos comerciales honrados". Y con ese espíritu fue invitada la Unión Soviética a participar en la Conferencia de Génova de abril de 1922. Solamente los Estados Unidos mantuvieron una actitud de intransigencia, en espera de que el ansiado cambio tuviera lugar. La tesis norteamericana fue expuesta por el Secretario de Estado Hughes en una nota al gobierno soviético de abril de 1921 en la que se indicaba: "La esperanza del pueblo ruso estriba en el aumento de la productividad de Rusia, y resulta peculiar pensar en la reanudación de relaciones comerciales, en tanto no se establezcan las bases de la producción. La producción está condicionada por el otorgamiento de firmes garantías a la propiedad privada". Según el Secretario Hughes, el gobierno bolchevique, al no reconocer la propiedad privada sobre los medios de producción, no estaba capacitado para aumentar la productividad de Rusia, y, por tanto, carecía de todo sentido hablar de relaciones comerciales. ¡Pocos años después el cargo contra Moscú se convertiría en el de que los bolcheviques producían demasiado!

En la conferencia de Génova, Chicherin manifestó que la reconstrucción económica del mundo no podría lograrse bajo la amenaza constante de nuevas guerras, por lo cual la delegación soviética propuso "una limitación general de armamentos y la abolición de las formas más bárbaras de lucha, tales como el uso de gases asfixiantes y la guerra aérea, al igual que todos los métodos para aterrorizar a la población civil". A lo cual el delegado francés Barthou replicó afirmando que: "Si la delegación rusa se propone discutir la cuestión del desarme, tropezará no sólo con una protesta, sino con una negativa absoluta, definitiva, categórica, final y decisiva de parte de la delegación francesa".

A ninguna conclusión práctica se llegó en la conferencia de Génova, pues la URSS se negó a reconocer las demandas de Inglaterra y de Francia con motivo de las expropiaciones, pero aprovechando la ocasión, Chicherin propuso a la delegación alemana y logró la concertación del tratado de Rapallo, conforme al cual se reanudaron las relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y Alemania, renunciando esta última a toda reclamación motivada por las medidas de expropiación implantadas por el gobierno bolchevique.

La conferencia de Génova, al igual que la de La Haya celebrada meses después, convencieron a los gobernantes ingleses de que su juicio sobre los alcances de la N. E. P. había resultado equivocado y de que el gobierno de Moscú no estaba dispuesto ni a abandonar el socialismo ni a hacer las concesiones que los inversionistas británicos esperaban. Nuevamente Londres adoptó una actitud agresiva y en mayo de 1923 el ministro inglés Curzon envió a Moscú un ultimátum, so pretexto de supuestas actividades de agentes soviéticos en el Cercano Oriente, que fue enérgicamente rechazado. En vísperas de las elecciones generales inglesas de 1924 fue publicada en la prensa una supuesta carta de Sinoviev, en la que aparecían instrucciones de carácter subversivo a los agentes soviéticos en Inglaterra, cuyo carácter fraudulento fue comprobado posteriormente, y con respecto a la cual Ramsay Mac Donald, que no se caracterizaba por sus simpatías hacia la U. R. S. S., declaró el 19 de marzo de 1928: "Fue una maniobra intencionalmente fraguada con el objeto de engañar al público y lograr un resultado favorable para los grupos conservadores en las elecciones. Nadie podrá negar que ese fraude desempeñó un papel decisivo en el resultado de las elecciones. Nadie se atreverá ya a negar que la supuesta carta de Sinoviev fue un documento fraudulento". Según expresa Louis Fisher en "The Soviet in World Affairs": "La supuesta carta fue un pretexto para que el gabinete Baldwin-Chamberlain diera rienda suelta a su hostilidad en contra de la Unión Soviética, en forma de ataques que continuaron hasta la ruptura de relaciones anglo-soviéticas en mayo de 1927, y de esa fecha hasta las elecciones generales de mayo de 1929" (t. II pág. 498).

El tratado de Locarno de 1925, promovido por

Inglaterra y suscrita por la propia Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia y Alemania, consistió en un sistema de compromisos destinados a garantizar la seguridad de la frontera Occidental de Alemania, desentendiéndose de la frontera oriental. Aunque en apariencia el tratado de Locarno representaba una medida tendiente a asegurar la paz en Europa, y como tal fue aclamado, en realidad constituyó el primer golpe asestado por Inglaterra a la Sociedad de Naciones y la primera manifestación de la política inglesa tendiente a enfrentar a Alemania contra la Unión Soviética. Por medio de Locarno, Inglaterra repudiaba, de hecho, las obligaciones generales del Pacto de la Sociedad de Naciones, limitando sus compromisos a la Europa occidental, donde, con ese tratado, restauraba a Alemania a una posición de paridad con Francia, manteniendo Inglaterra la primacía.

Los alcances de Locarno fueron señalados por Chicherin, quien en declaraciones publicadas en el "Berliner Tageblatt" de 2 de octubre de 1925 —en vísperas de la firma del tratado— afirmaba:



LA DELEGACION SOVIETICA A LA CONFERENCIA DE GENOVA

"La política de Inglaterra con respecto a la frontera occidental de Alemania es un aspecto de su actividad anti-soviética. Por esta causa observamos con creciente preocupación cómo Alemania está siendo utilizada por Inglaterra como peón en sus maniobras diplomáticas contra la U. R. S. S."

Que Chicherin no estaba equivocado en sus apreciaciones quedó demostrado por el discurso del ministro inglés Ormsby Gore, pronunciado en Manchester el 23 de octubre del mismo año, en el que afirmaba: "La solidaridad de la civilización cristiana es necesaria para destruir la fuerza más siniestra que ha surgido no sólo en nuestros tiempos sino en toda la historia de Europa. La significación de Locarno es extraordinaria. Significa que el actual gobierno de Alemania se desligará de Rusia y se vinculará con el mundo occidental". Y Winston Churchill, entonces Canciller del Exchequer, haciendo a un lado toda reserva diplomática, el 28 de noviembre de 1925 calificaba públicamente el gobierno de Moscú como "un gobierno sin paralelo en la historia, integrado por una banda de conspiradores salidos del hampa de las grandes ciudades de Europa y de los Estados Unidos".

Pero a pesar de todo, el gobierno alemán consideraba entonces necesario continuar manteniendo relaciones amistosas con Rusia y el 24 de abril de 1928 fue firmado entre los dos países el Tratado de Berlín, que ratificaba las bases del Tratado de Rapallo y conforme al cual tanto Alemania como la U. R. S. S. se comprometían a no formar parte de coaliciones hostiles a una o a otra y a asumir una actitud de neutralidad en caso de ataque por terceras potencias. De esta manera se vio frustrada la maniobra inglesa de Locarno.

Durante las sesiones de la Sociedad de Naciones en marzo de 1927 el Ministro de Relaciones Inglesas Austen Chamberlain —hermano de Neville— se esforzó por integrar una coalición anti-soviética, pero Alemania insistió en mantenerse fiel a su política amistosa hacia Rusia, y sin la participación de Alemania no había coalición posible. Pero a cambio, el 12 de mayo de ese mismo año la policía inglesa llevó a cabo un cateo de las oficinas comerciales soviéticas en Londres, que Ramsay Mac Donald calificó de "melodrama artificialmente puesto en

escena por el gobierno". So pretexto de que esa agencia desempeñaba actividades de propaganda, Londres rompió sus relaciones diplomáticas con Moscú. Según el "Manchester Guardian" de 26 de mayo, esa medida significaba que "el gobierno no ha cedido una vez más a los deseos de sus elementos más reaccionarios". Las relaciones diplomáticas entre los dos países no se reanudaron sino hasta octubre de 1929, fecha simbólica, pues fue la que marcó la iniciación de la crisis económica mundial.

Ya para entonces la Unión Soviética había logrado recuperarse de los efectos de la guerra y de la lucha civil, superando el nivel de productividad de 1914. En septiembre de 1928 principió el desarrollo del Primer Plan Quinquenal, con un ritmo vertiginoso que asombró al mundo. La propaganda que inicialmente se llevó a cabo en contra de la URSS, augurando el rápido colapso de la economía socialista y la restauración del sistema capitalista desapareció, dando lugar a la propaganda sobre la amenaza de la enorme producción rusa.

El "London Times" de 29 de enero de 1931

afirmaba en uno de sus editoriales: "El Rusia continúa llevando a cabo su proceso de industrialización con el ritmo actual, los demás países sólo podrán competir con ella organizando su producción y comercio sobre bases semejantes a las que han sido adoptadas allí". Y O. M. W. Sprague, consejero económico del Banco de Inglaterra, opinaba en los momentos en que la crisis económica sacudía los cimientos del mundo capitalista: "A menos de que sea posible llegar a cierto sistema de planeación, el futuro depara a Inglaterra y al mundo occidental una lenta decadencia en relación con las posibilidades que presenta el régimen que funciona en Rusia" ("London Times", 13 de mayo de 1931).

Se lanzó entonces la acusación de que los productos rusos estaban siendo elaborados con "trabajo forzado" y de que Moscú practicaba el "dumping" en grande escala. Sin embargo, los expertos nunca aceptaron esa tesis; por el contrario, atribuían la "amenaza" soviética a un "régimen económico revolucionario" que había logrado unificar la producción y eliminar al intermediario. Ese fue el punto de vista del delegado argentino en la Conferencia Mundial de Trigo, celebrada en Roma en 1931, cuya opinión publicó el "New York Times" en los siguientes términos: "El delegado argentino negó que pudiera imputarse a la URSS la práctica del 'dumping' y que el bajo precio de los productos rusos pudiera ser atribuido al trabajo forzado. En su opinión el fenómeno es explicable por razón de la existencia de un sistema económico que elimina al intermediario y que coordina la siembra, el cultivo, la cosecha, el transporte y la venta de productos agrícolas en toda la Unión Soviética" (28 de marzo de 1931).

Ya no resultaba ser la INEFICACIA socialista, sino la EFICACIA socialista, el motivo de queja de los gobernantes de las grandes potencias y la propaganda anti-soviética se recrudeció, convirtiéndose en momentos en francos designios de agresión en contra de la URSS.

Mientras tanto, la política de paz de la Unión Soviética continuaba desarrollándose inquebrantablemente. En la primera etapa, los tratados con Persia, Afganistán y Turquía en 1921 y con China en 1924 significaron una renuncia a todos los derechos y pretensiones de la Rusia zarista con respecto a esos países.

Posteriormente la URSS fue el primer país en ratificar el Pacto Kellogg, oponiéndose explícitamente a todas las reservas hechas por las demás potencias, con las que prácticamente se nulificaban los compromisos anti-bélicos. En diversas ocasiones planteó el problema del desarme general, particularmente en la Conferencia del Desarme de mayo de 1934, donde propuso: 1.—Que dicha Conferencia se reorganizara con el carácter de una Conferencia permanente de paz para hacer frente a todos y cada uno de los problemas que pudiesen originar la guerra; y 2.—La creación de una serie de pactos de no-agresión y de ayuda mutua contra el agresor. Las proposiciones de la URSS fueron desechadas, pero, por su parte, concertó una serie de tratados de no-agresión con Polonia, Rumania, Turquía, Persia, Afganistán, Checoslovaquia y los Estados Bálticos.

En la medida en que resultaba posible asegurar la paz por medio de tratados de no-agresión, la Unión Soviética tomó siempre la iniciativa, habiendo logrado todo lo que las circunstancias permitían lograr. Pero después del advenimiento de Hitler el poder en 1933, y ante la creciente fabricación de armamentos y la intensificación de preparativos bélicos, la Unión Soviética resolvió fortalecer su política pacifista ingresando a la Sociedad de Naciones, lo que hizo en el otoño de 1934. Este paso marca la iniciación de la tercera etapa de las relaciones internacionales de la URSS, cuyo examen será objeto de nuestro próximo artículo.

DIME CON QUIEN COMES . . .

(Viene de la pág. 3)

cuando comenzó la etapa de la unidad nacional.

¿Cuál es el verdadero alcance de estas afirmaciones?

Para los propietarios y directores de los periódicos y, junto con ellos, para todo el sector más reaccionario de la burguesía mexicana, la revolución iniciada en 1910 ha mantenido al país en un estado de agitación tan tremendo que ha sembrado el desconcierto lo mismo en los hogares que en la vida pública, lo mismo entre los patrones que entre los obreros, lo mismo entre los terratenientes que entre los ejidatarios.

Afirmar que nuestra historia es un proceso de desintegración, es afirmar que la revolución mexicana ha sido un proceso de descomposición social.

Sostener que no ha sido sino hasta ahora cuando se inicia la unidad nacional equivale a negar que la revolución sostiene un ideal de unificación auténtica de los mexicanos sobre la base de un mejoramiento permanente de las clases trabajadoras y de la supresión de los privilegios de unos cuantos. La unificación fue concebida como un proceso de lucha —lucha que no se extingue todavía— de los desamparados en contra de los que acaparan la riqueza nacional.

Después de escuchar tan tremendas afirmaciones, inspiradas en el oscurantismo de hace quinientos años, el Presidente, por boca de su Secretario de Gobernación, agradeció la demostración de solidaridad que la prensa nacional daba a su gobierno agregando que era "grato para el gobierno de

la República ver que en beneficio del presente y del porvenir del país, todos los principales órganos de la opinión nacional están unidos... porque todos ellos coinciden en la nobleza del ideal que sustentan, en la voluntad que los dirige..."

No hubo, pues, en la contestación del Secretario de Gobernación la menor palabra de rectificación, el más leve indicio de desacuerdo, la más lejana reprobación de los conceptos de René Capistrán Garza, director de "Novedades". Tan graves deben haber parecido a "El Nacional" que al día siguiente, al hacer la crónica del banquete, se apresuró a decir que el director de "Novedades" había expresado sus personales puntos de vista. "El Popular", por su parte, además de unas aclaraciones al día siguiente, dos días después dedicó un editorial para refutar a Capistrán Garza.

Se dirá que un banquete de homenaje no es el sitio más adecuado para entablar una controversia sobre la historia de México y sobre su trayectoria política. Es posible que así sea.

Pero precisamente por ello el Presidente no debería haber aceptado el banquete que le ofreció la prensa reaccionaria ni mucho menos debería haber asistido a él.

Si el Presidente comete el error de aceptar una invitación y el dueño de la fiesta, digamos así, (en este caso, el director de "Novedades") extralimitándose, comete la imprudencia de atacar y desnaturalizar cuestiones de enorme trascendencia histórica y política para el país, el general Avila Camacho en persona, para dar más énfasis a su actitud, debería haberse puesto de pie para

manifestar —cortés, pero enérgicamente— su desacuerdo con las opiniones tergiversadas y falsas de quien tan arteramente lo había invitado a comer.

Estamos seguros que si el Presidente hubiera recordado que militó en las filas revolucionarias y que escaló la Presidencia gracias a los esfuerzos de los sectores revolucionarios del país, habría procedido de ese modo.

Habría tenido que decir que la Revolución sólo ha significado, y seguirá significando, un desconcierto para los privilegiados, para los usufructuarios y para los monopolizadores de la riqueza nacional. Habría tenido que agregar en seguida que nuestro proceso de desarrollo social, en contra de lo aseverado por el director de "Novedades", es un proceso de integración de la verdadera nacionalidad mexicana a través del movimiento revolucionario que ha tratado a todo trance de mejorar las condiciones del campesino y del obrero, liberándolos del yugo de la opresión del capital extranjero y de sus agentes reclutados entre la burguesía mexicana. Por último habría tenido que afirmar, con honradez, que la unidad no se inicia ahora, sino que, por paradójico que pudiera parecer, esa unidad se había iniciado al derrocar a Porfirio Díaz, consolidándose después, a través de una lucha, a veces sangrienta, entre mexicanos. Entre mexicanos ricos y pobres, queremos decir.

Nada de eso dijo, sin embargo, ni el general Avila Camacho ni su Secretario de Gobernación Miguel Alemán. Este, por el contrario, dijo que todos los periódicos coinciden "en la nobleza del ideal que sustentan, en los propósitos de que se animan y en la voluntad que los dirige, en el amor a la patria, etc., etc."

(Pasa a la pág. 5)